

LOS LIDERAZGOS NEODEMÓCRATAS DE SOBREVIVENCIA Y RESISTENCIA ELECTORAL

El tiempo que comprende el segundo lustro de los años setenta y hasta los inicios del siglo XXI representa una etapa de crecimiento y madurez de la izquierda socialdemócrata de Canadá, sobre todo por la llegada de figuras capaces de ir adaptando las plataformas partidistas a las necesidades de la sociedad, justo en medio de periodos que pasaron de un fuerte impulso al modelo de Estado de bienestar con el liberal Pierre Elliot Trudeau en los años setenta y parte de los ochenta, a una visible desregulación económica y la entrada de nuevos actores del sector privado a la escena pública, promovidas por el primer ministro conservador Brian Mulroney (1984-1993), cuya llegada al poder significó un ajuste a las políticas canadienses, siguiendo el ejemplo de sus pares Ronald Reagan, en Estados Unidos, y Margaret Thatcher, en Gran Bretaña, en un lapso conocido como neoconservador y neoliberal al mismo tiempo, dependiendo de quién y en qué contexto utilice dichos términos.

Los años de conservadurismo dieron la oportunidad a los liderazgos neodemócratas de mostrarse como unos férreos críticos de las políticas privatizadoras y, al mismo tiempo, como una alternativa viable a la postura blanda de los liberales frente al gobierno derechista en turno, tal y como lo hizo Ed Broadbent, quien se distinguió por ser un líder neodemócrata vehemente y con carisma. De la misma forma, la elección en el NDP de las primeras mujeres para encabezar un partido con alcance nacional, como Audrey McLaughlin y Alexa McDonough, fue una muestra del espíritu progresista e incluyente de la izquierda en Canadá. Precisamente fueron ellas quienes evitaron el desmembramiento de ese organismo, justo en una etapa crítica originada —entre otras causas— por la disidencia interna y el nacimiento del Bloque Quebequense (BQ) en los años noventa, el cual, beneficiándose del sistema electoral, concentró importantes nichos que lo posicionaron como la segunda

fuerza en la Cámara de los Comunes en el periodo 1993-1997, pese a no haber recibido votos en ninguna provincia fuera de Quebec y de mantener una agenda separatista en un Parlamento federal.

El periodo abordado incluye la salida abrupta de los conservadores del poder en 1993 y la llegada firme del Partido Liberal, que retomaría el mando con Jean Chrétien (1993-2004), quien volvió a la agenda social aprovechando las inercias económicas, comerciales y políticas de carácter neoliberal impulsadas por los grandes centros de poder mundial. En esta etapa los neodemócratas recuperaron un sitio predominante en la discusión pública, pues desde su postura parlamentaria criticaron fuertemente los proyectos liberales, que en muchos sentidos daban seguimiento a las acciones emprendidas por su antecesor conservador, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) y la nueva relación reforzada con Estados Unidos. Una muestra de esta reorganización neodemócrata en los años ochenta fue la convocatoria a redactar un nuevo documento organizacional que supliera y mejorara la declaratoria partidista de principios de los sesenta, y que fue elaborada y oficializada en 1983 para encarar el siglo XXI, y así dar un sello distintivo a la izquierda canadiense y a su plataforma electoral.

La expansión nacional con Ed Broadbent (1975-1989)

Los resultados de 1974 obligaron a David Lewis a dar paso a una nueva generación de líderes neodemócratas con ideas frescas y estrategias diferentes para acercarse al electorado, pues sus gestiones y las de Tommy Douglas dejaron en claro que no bastaba ser coherentes y comprometidos con la causa social para arrebatarse asientos a los liberales y extender su presencia en la Cámara de los Comunes.

Una vez anunciada la salida de Lewis, se convocó a la tercera convención electoral en la historia del NDP para celebrarse en julio de 1975 en la ciudad de Winnipeg, Manitoba, a la cual arribó muy bien posicionado Ed Broadbent, quien había contendido en las elecciones internas de 1971 llegando a la segunda ronda. Encabezaba a un grupo de políticos de izquierda que habían logrado afianzar al NDP en Ontario, que de hecho se había convertido en la provincia con más asientos en las elecciones federales de 1974 una vez que el partido fue perdiendo presencia en el oeste del país.

Broadbent era un profesor universitario que ingresó a la política muy joven y contendió por una curul en el distrito de Oshawa, en Ontario, en donde sorprendió con su triunfo sobre el experimentado político conservador Michael Starr en las elecciones federales de 1968. Desde ahí se mantuvo presente en la escena política provincial destacando por su estilo más cercano y coincidente con los intereses de la clase trabajadora, lo que se reflejaba en sus constantes visitas a los centros de trabajo, en las cuales entregaba informes de su gestión legislativa y pronunciaba largos discursos sobre la realidad del país. Esta práctica pronto les dio a él y a su grupo la fuerza para contender en los comicios internos de 1971, aunque previamente se había distinguido por ser uno de los opositores más críticos del ala radical del NDP conocida como *The Waffle*; debe recordarse que él fue quien bautizó con dicho nombre a ese grupo.

Para 1975, una vez que Lewis renunció a la dirigencia del NDP, Broadbent se encaminó claramente como el favorito de las bases neodemócratas; sin embargo, enfrentó una dura batalla interna con la activista promotora de los derechos humanos, Rosemary Brown, quien fue la primera afrodescendiente en ganar una curul en el Parlamento canadiense, justo cuando los movimientos por la igualdad racial cobraban fuerza en Norteamérica. Su empuje y prestigio como defensora de los derechos de las minorías y de las mujeres la llevaron a ser la primera mujer inmigrante de una minoría en contender por la dirigencia de un partido de alcance federal en Canadá.

Así, las elecciones internas del NDP en 1975 fueron una expresión de los tiempos revolucionarios que vivía Occidente con una juventud contestataria y promotora de los derechos civiles que demandaba mayores espacios de inclusión, equidad de género y de raza, al tiempo que criticaba las condiciones de explotación del capitalismo y los totalitarismos socialistas en el mundo. En ese contexto Broadbent se erigió como un potencial líder que buscaría moderar los objetivos del partido, rechazando las nacionalizaciones que impulsaban sus antecesores, mientras insistía ante las bases en que su intención era llevar a dicho organismo a metas realistas en la competencia electoral (Wiseman, 2020: 93).

Con esa agenda bajo el brazo, llegó a la convención como el favorito, pero la fuerza de Brown orilló al partido a celebrar cuatro rondas antes de elegir a su nueva dirigencia. Desde el principio ambas figuras despuntaron del resto, hasta que la ronda final dio la mayoría del 50 por ciento más uno a Broadbent.

Lo cerrado de la contienda mostró que el NDP se encontraba inmerso en dinámicas progresistas, puesto que una mujer de una minoría visible se quedara tan cerca de encabezar al partido era un aviso de lo que serían los perfiles de los futuros liderazgos de la izquierda canadiense en el corto plazo.

Una vez instalado como líder del NDP en el Parlamento, Broadbent se propuso equilibrar la situación del partido, pues las elecciones federales de 1974 habían reducido la presencia neodemócrata en el Oeste, de manera particular en Columbia Británica y Manitoba, al tiempo que crecía su influencia en Saskatchewan y Ontario. Para ello se requería diseñar una agenda nacional que diera un creíble y renovado impulso a las políticas de izquierda. Así, el NDP presionó al gobierno para incrementar la inversión pública y de esta forma llevar los beneficios sociales a todas las regiones del país, buscando estar siempre un paso adelante del primer ministro Pierre Elliot Trudeau y su progresismo liberal.

De esta manera, si bien era cierto que las administraciones liberales habían promovido el bienestar en forma de programas sociales, el neodemócrata insistió en que el partido estaba detrás de esta política benefactora, más allá de la ideología de Trudeau. La clave para esta agenda estribaba en convencer a sus bases de que era necesario mantener el movimiento neodemócrata en el Parlamento, más allá del voto “útil”, pues a lo largo de décadas de lucha electoral el NDP se había convertido para muchos en la conciencia social del Parlamento de Canadá (Wiseman, 2020: 92). La defensa de los más vulnerables y menos favorecidos era algo que bien merecía la pena promover en cada distrito, pese a no contar con posibilidades de ganar en el escenario nacional.

Esta estrategia dio buenos dividendos al partido en las elecciones federales de mayo de 1979, cuando alcanzó veintiséis asientos en la Cámara de los Comunes, extendiendo su presencia a todas las regiones y recuperando nichos. Así, en el Oeste y en las praderas recobraba escaños, mientras que en el Atlántico, Nueva Escocia volvía a dar un asiento y en Ontario el NDP mantenía una presencia sólida. Por su parte, Quebec y su nacionalismo aparecían como un reto insuperable, pues allí el partido no había sido capaz de ganar ningún asiento, pese a contar con agendas similares en muchos sentidos.

En lo que corresponde a los porcentajes de votación, estas elecciones mantuvieron al NDP con niveles del 17.8 por ciento, suficientes para consolidarlo como la tercera fuerza a nivel nacional, un logro que, como se ha

visto, costó décadas a la izquierda canadiense dadas sus características políticas, electorales, sociales y culturales.

Estos comicios de 1979 dieron un triunfo provisional por minoría al Partido Conservador Progresista (PC); sin embargo, una serie de errores de cálculo político permitió a los dos líderes de la oposición, Trudeau y Broadbent, llegar a un acuerdo para adelantar las elecciones federales, por lo que se celebrarían a tan sólo nueve meses de las anteriores, es decir, en febrero de 1980. El motivo fue que el primer ministro conservador, Joe Clark, decidió incrementar de forma unilateral el precio de los combustibles en plena crisis económica, sin tener el consenso ni las discusiones suficientes con los partidos de la oposición mayoritaria: liberales y neodemócratas.

Así, Broadbent y Trudeau emitieron un voto de pérdida de confianza parlamentaria en contra del primer ministro conservador y solicitaron al gobernador general, Edward Schreyer —en representación de la Corona británica—, adelantar las elecciones federales para reorganizar al Parlamento y encarar la profunda crisis económica de principios de los ochenta, motivada por la caída internacional en los precios del petróleo.

Con esta acción concertada se buscó capitalizar el descontento de la población ante las medidas del recién electo gobierno conservador. Además, Broadbent invirtió una buena parte del presupuesto federal del NDP en profesionalizar al equipo del partido en el Parlamento para hacerlos más útiles y colaborativos con el líder en turno, y no tanto con las cúpulas del partido que los designaba debido a su trayectoria partidista previa. Así, estos neodemócratas en el Parlamento comenzaron a distinguirse como un grupo que promovía los proyectos del líder y preparaba minuciosamente sus intervenciones en la Cámara de los Comunes sin detenerse demasiado en abordar temas que no tendrían solución en el corto ni en el mediano plazo. Esto ayudó a Broadbent a diseñar una muy efectiva estrategia de negociación con Pierre Elliot Trudeau, pues no tenía que someter sus decisiones al consenso de las bases ni de los liderazgos provinciales presentes en el Parlamento, precisamente porque su equipo de asesores estaba compuesto por investigadores y agentes políticos profesionales con una trayectoria no necesariamente partidista (McLeod, 1994: 20).

El llamado a adelantar elecciones fue una acción muy bien planificada por Broadbent, pues su equipo calculaba que la votación en favor del partido y sus asientos en la Cámara de los Comunes se incrementarían, sin considerar

que además podrían sacar a los conservadores del poder y posicionar de nuevo su agenda en el gobierno liberal de Trudeau. Y en efecto, casi todas estas premisas fueron acertadas, salvo que en dichas elecciones el Partido Liberal concretó otra vez un gobierno mayoritario, lo que dejó al NDP como una fuerza política numerosa, pero incapaz de presionar al primer ministro, como lo habían hecho de forma exitosa en la segunda mitad de la década previa.

Estas elecciones significaron para el NDP treinta y dos asientos en la Cámara de los Comunes —seis más que en las del año anterior—, además de que obtuvo casi el 20 por ciento del voto popular. Seis de las diez provincias habían alcanzado representación en el Parlamento, pero Quebec seguía sin favorecer al movimiento neodemócrata. El caso de Ontario comenzaba a ser preocupante para el NDP, pues sus votos se otorgaban, alternadamente, a liberales o conservadores en cada elección federal.

Esto significaba que pese a contar con el voto duro de algunos distritos, el NDP no había logrado expandirse a nichos electorales progresistas y arrebatarse escaños parlamentarios a los liberales, dejando muy acotada a la izquierda canadiense, pues era claro que, aparte de Quebec, debido a su alta densidad demográfica, Ontario es la entidad más importante para cualquier partido que pretenda alcanzar el poder, pues las provincias del Atlántico se habían caracterizado por ser un bastión liberal, al igual que las praderas y el Oeste se habían distinguido por ser conservadores en su mayoría. Quebec solía acercarse electoralmente a la opción liberal, más como una estrategia que ponía freno a los conservadores cuyas elites, si bien eran bilingües y defendían los derechos de la provincia, rechazaban la idea de Quebec como una sociedad distinta, como resultaba evidente entre una buena parte del voto duro conservador nacional.

Estas condiciones permitían al NDP tener una presencia nacional, pero con muy limitadas posibilidades de consolidar su poder en términos reales, pues cada elección se había convertido en un ejercicio tormentoso para no perder sus espacios parlamentarios en las provincias donde tenía bases. Ésa era precisamente la realidad que debía encarar Ed Broadbent a inicios de los ochenta, justo cuando Pierre Elliot Trudeau impulsaba la creación de un nuevo marco constitucional que incluyera un apartado de derechos y libertades único en el mundo, hasta ese momento, además de dotar de mayor autonomía al país. En este esfuerzo, el primer ministro contó con el apoyo del NDP y su líder, que previamente había rechazado la inclusión de miembros

neodemócratas al gabinete liberal para evitar alienaciones partidistas y electorales en el futuro.

En medio de este complejo escenario, Broadbent convocó a la elaboración de un nuevo documento normativo que actualizaría las metas y alcances del NDP de cara al siglo XXI, no sólo como una opción electoral, sino también ideológica, que ayudara a los ciudadanos a distinguir entre la izquierda partidista canadiense y las acciones progresistas de gobiernos liberales presentes y futuros. Este renovado ordenamiento en las directrices del NDP fue encargado a diversos intelectuales canadienses, y en su preparación participaron el propio Ed Broadbent y sus asesores parlamentarios, ya que dicho grupo conocía perfectamente las dinámicas del poder en Canadá.

Con esta consigna, el documento quedó redactado con la línea clara de establecer que la izquierda del país ya había alcanzado varias de sus metas durante los gobiernos liberales, que la suya había sido una lucha de resistencia, sobrevivencia y expansión gradual que necesitaba de la confianza de las bases y su ampliación a nuevos sectores sociales, principalmente jóvenes educados y con fuertes compromisos con sus comunidades de origen.

Este marco normativo fue conocido como Declaración de Principios del NDP (*New NDP Statement of Principles*) de 1983, y desde el inicio se perfiló como una especie de libro blanco que delineaba el camino para las futuras generaciones neodemócratas. El objetivo principal fue instalar una democracia socialista que, basada en principios solidarios, pudiera generar la armonización de todos los sectores de la población. Con estos lineamientos el NDP buscó separarse del discurso liberal, que de forma recurrente adoptaba programas sociales neodemócratas y los presentaba como propios.

Así, el partido lograría prevenir dicha tendencia, pues mantenerla significaba también adoptar definiciones ideológicas difíciles de excluir, pues términos como socialista, socialismo, clase, cooperativa, explotación, entre otros conceptos, fueron retomados en el nuevo documento, tal y como puede apreciarse en el cuadro 3.

Al mismo tiempo, el carácter abiertamente pacifista que la nueva declaratoria daba al partido desarticulaba futuros apoyos de la izquierda a la mayoría de las acciones militares multilaterales en las que participaba Canadá, incluso las conducidas al amparo de la ONU, privilegiando las salidas negociadas. Este documento también fue el primero que, desde la plataforma de un partido político federal en Canadá, abordó de manera seria la contaminación

ambiental y sus repercusiones para las futuras generaciones; se pronunciaba contra la discriminación de género y sus manifestaciones en entornos laborales, honrando el compromiso que las mujeres han tenido con la izquierda canadiense desde sus primeros intentos organizacionales a principios del siglo XX, en donde han sobresalido no sólo como fundadoras, sino también como líderes comunitarias, dirigentes partidistas y diputadas provinciales y federales.

CUADRO 3
CONCEPTOS CLAVE UTILIZADOS EN LOS MANIFIESTOS
DE LA IZQUIERDA CANADIENSE DURANTE EL SIGLO XX

	<i>Manifiesto de Regina (1933)</i>	<i>Declaración de Winnipeg (1956)</i>	<i>Declaración del Nuevo Partido (1961)</i>	<i>Declaración de Principios (1983)</i>
Número de párrafos	38	30	168	35
Socialismo, socialista	1	4	0	13
Clase	3	0	0	2
Capitalismo, capitalista	17	1	0	1
Imperialismo, imperialista	1	1	0	0
Socialización	15	0	0	0
Propiedad pública	2	3	2	0
Socialdemocracia	0	1	1	0
Propiedad social	2	0	1	1
Explotación	3	0	2	1
Cooperativa(s)	14	7	18	3
Nación, nacional	20	9	31	8
Quebec, quebequense	1	0	0	4
Canadá francófono	0	1	5	5

FUENTE: Whitehorn (1992: 38).

Se resaltaba la importancia de Quebec y se solidarizaba con su demanda en favor de una sociedad distinta; reconocía fallas del partido al intentar acercarse a los quebequenses y expresaba su apoyo al deseo de determinar su propio futuro; sin embargo, establecía de forma tajante que el NDP apoyaba que los francocanadienses se mantuvieran dentro de la unidad nacional, sin separarse. Para ello, el partido se comprometía con la izquierda quebequense

a unir empeños por el futuro del país y la provincia, en un ejercicio que bien podía evidenciar las causas de su escaso impacto en Quebec, pues hasta ese momento, tras ocho elecciones federales y muchos esfuerzos, no habían conseguido un solo asiento en la segunda provincia con mayor densidad demográfica, de modo que este hecho constituía un serio fracaso para la izquierda nacional.

Esta declaración de principios se hizo pública justo al cumplirse cincuenta años del Manifiesto de Regina, lo que significó no sólo la celebración de la primera acción colectiva organizada de la izquierda canadiense, sino también un tributo a la lucha que había sido consolidar al partido como la tercera fuerza política nacional durante cinco décadas (NDP, s. a.). Debe señalarse que este documento fue el primero en donde la izquierda local reconocía que el futuro del partido dependía de gente ordinaria que habitaba en distintas regiones y provincias, con diferentes culturas, religiones, orígenes étnicos y estratos sociales, haciendo a un lado la retórica de la lucha de clases y las diferencias divisivas.

Quizá una de sus mayores contribuciones haya sido su clamor por alcanzar mayores libertades provinciales, convirtiendo este tema en una de las más importantes insignias ideológicas del NDP y Broadbent. De este modo, el ejercicio parlamentario neodemócrata planteó nuevos retos y demandas más progresistas a la agenda del primer ministro Trudeau. Así, la consigna activa y propositiva del NDP en la Cámara de los Comunes otorgó buenos dividendos en el corto plazo al partido, pues en las elecciones federales de 1984 alcanzaron treinta curules y el 18.8 por ciento de la votación nacional.

Si bien estos números no significaron un incremento en su representación, sí evitaron una pérdida significativa de representatividad parlamentaria, justo en momentos en que los discursos sobre el libre mercado comenzaron a tomar fuerza en Canadá tras el desgaste de años de gobiernos liberales y del propio primer ministro Trudeau. Lo anterior llevó a los conservadores de vuelta al poder con el liderazgo de Brian Mulroney, quien pondría en marcha un fuerte movimiento en todo el país, basado en los lineamientos de los grandes centros de poder mundial instalados en Washington y Londres. Para enfrentar y contener esta tendencia, el NDP centró sus esfuerzos en presentarse como un grupo compacto que seguía las directrices de su estructura partidista, afianzada a principios de 1983.

Gracias a esta estrategia no sufriría grandes derrotas en sus tradicionales cotos en los comicios federales de 1984, pues si bien perdió algunos asientos

en Columbia Británica, Manitoba y Saskatchewan, los esfuerzos de Broadbent habían dado buenos resultados en Ontario al arrebatarse ocho asientos a los liberales y convertir a dicha provincia —con sus trece curules parlamentarias— en su nicho a nivel nacional.

Un aspecto benéfico para el NDP durante el primer periodo de Mulroney como primer ministro (1984-1988) fue que el nuevo líder liberal, John Turner, se mostró más cercano a las propuestas de aquél, quien intentaba mostrarse más liberal que su predecesor, Pierre Elliot Trudeau, el cual, como se recordará, se autodefinía marxista. Ello ayudó a que Ed Broadbent tachara al liderazgo liberal de ser muy parecido a sus oponentes conservadores, lo cual había sido uno de los argumentos centrales de la izquierda canadiense para denunciar el acuerdo pragmático entre las elites locales desde la conformación del país como comunidad autónoma en el siglo XIX.

El primer mandato de Brian Mulroney estuvo marcado por las fuertes diferencias entre los conservadores de las provincias centrales y los del Oeste y las praderas, ya que en Alberta, Columbia Británica, Manitoba y Saskatchewan existían movimientos que señalaban al Partido Conservador Progresista de ser muy tolerante con los separatistas quebequenses y muy liberal en sus acciones de gobierno. Una de las características de Mulroney era que solía expresar abiertamente su deseo de estrechar relaciones con Estados Unidos, revirtiendo una antigua tendencia de las administraciones liberales. Muestra de ello fue su cercanía con Ronald Reagan (1981-1989) y George H. Bush (1989-1993), que redundó en sendos acuerdos comerciales en busca de privilegiar la posición de Canadá en el mercado estadounidense.¹

Estas negociaciones entre Canadá y Estados Unidos, iniciadas en la segunda parte de los ochenta, suscitaron dos posturas entre la sociedad civil, una en la que neodemócratas y gran parte de los liberales cuestionaban los efectos que tendría en los ámbitos cultural, político y social estrechar lazos comerciales y financieros con Estados Unidos; del otro lado se encontraba el extenso sector conservador que abiertamente apoyaba los esfuerzos de Mulroney, y en este espectro debía incluirse una parte considerable de personas afines a los liberales que se beneficiarían con la apertura comercial.

¹ El primero de estos mecanismos comerciales fue el Tratado de Libre Comercio de Canadá y Estados Unidos (TLC), negociado en 1987 y firmado en enero de 1988. El segundo fue el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN), entre Canadá, Estados Unidos y México, que entró en vigor en enero de 1994.

Ed Broadbent apuntalaba sus críticas afirmando que los acuerdos comerciales con Estados Unidos terminarían dejando a los programas sociales canadienses en un segundo plano, pues los esfuerzos nacionales se centrarían en alcanzar mecanismos comerciales de largo alcance con la Unión Americana. Además, es claro que la entrada de capital financiero y de nuevos productos estadounidenses al mercado de Canadá conquistaría gradualmente espacios reservados para la inversión pública en el mediano y largo plazos, sobre todo en el sector de servicios médicos. En este sentido, la elocuencia de Broadbent contrastaba con la figura del líder liberal John Turner, que desde el momento en que reemplazó a Trudeau quedó claro que no contaba con los talentos y capacidades de su predecesor, lo cual redundaba en los bajos niveles de aceptación de su figura a nivel nacional durante su encomienda al frente del Partido Liberal, y puede mencionarse que en esos años Broadbent logró darle al NDP una tonalidad más moderada, consiguiendo instalarlo sólidamente dentro del espectro oficial de la política canadiense (Wiseman, 2020: 93-94).

Por otra parte, un elemento que marcó el segundo lustro de los ochenta fue la discusión en torno a una reforma constitucional que devolviera a Quebec la capacidad de veto dentro de la federación, prerrogativa que había desaparecido con el Acta Constitucional de 1982 y que fue ratificada por la Suprema Corte, con el argumento de que cualquier tipo de enmienda constitucional podría darse mediante consensos provinciales aplicando principios de mayoría y no necesariamente por unanimidad. Esta decisión negaba la capacidad de veto a Quebec, dejándola en desventaja frente a las nueve provincias de mayoría anglófona, que rechazaban las aspiraciones nacionalistas y separatistas quebequenses. Para resolver este asunto, Mulroney convocó al pacto constitucional conocido como Acuerdo del Lago Meech (*Meech Lake Accord*) de 1987.

Sin embargo, pese a un arranque prometedor, el acuerdo no culminó de forma exitosa porque las asambleas de Manitoba y Terranova se negaron a otorgar a Quebec el estatus de sociedad distinta y restituir su derecho de veto. Todo este proceso dio al NDP la oportunidad de hacerse ver como un promotor de la equidad provincial y como un organismo partidista en favor de la unidad canadiense más allá de los discursos y posturas liberales y conservadores al respecto. Para lograrlo, Ed Broadbent asumió posturas moderadas, conciliadoras y pacifistas. Su apoyo para generar un diálogo entre toda la población, sin importar origen étnico ni posición económica, colocó al NDP, por prime-

ra vez en su historia, en un mejor lugar en las encuestas que a los liberales, los cuales perdían terreno, dejando la impresión de que el tiempo de los neodemócratas finalmente había llegado (Gidluck, 2012: 181). Tal optimismo se debía a que, en esos momentos, el NDP contaba con sólo diez diputados menos que los liberales en el Parlamento, es decir, en realidad estaban muy cerca de convertirse en la primera oposición.

No obstante, las elecciones federales de 1988 fueron paradójicas para el movimiento socialdemócrata, ya que si bien alcanzaron una cifra récord de asientos en el Parlamento (43), y el 20.4 por ciento de la votación nacional, los liberales recuperaron terreno al alcanzar 83 curules; empero, el liderazgo liberal de Turner fue duramente cuestionado, ya que los conservadores, con Mulroney al frente, habían refrendado su carácter de gobierno mayoritario tras conseguir 169 asientos de los 295 en disputa. Estas cifras ratificaban el buen momento del movimiento neoliberal-neoconservador en Canadá, el cual sólo se vería afectado por las divisiones internas de los propios conservadores canadienses en los años siguientes, que los llevarían a fundar nuevos partidos políticos (Santín, 2014).

Esas elecciones federales de 1988 fueron particularmente importantes para el NDP, no solamente por lograr más de cuatro decenas de asientos en la Cámara de los Comunes, sino que además de ocupar su primer escaño parlamentario en Alberta conquistaron diecinueve de los treinta y dos asientos de Columbia Británica, volviéndose el partido dominante de la provincia. Lo mismo sucedería en Saskatchewan, tras alcanzar diez de las catorce curules provinciales. Los reveses se presentaron en Manitoba al bajar de cuatro a dos asientos, y en Ontario, en donde pasaron de trece a diez respecto de la elección anterior. En las provincias del Atlántico y Quebec no se observaba avance, pues su presencia, en el mejor de los casos, era intrascendente.

Ello representaba graves problemas para el NDP, pues la propia declaración de principios de 1983 abordaba en diversos puntos el asunto de Quebec y la simpatía neodemócrata por su causa. Al mismo tiempo, Broadbent había invertido buena parte de su capital político apoyando a Quebec como sociedad distinta, lo que redundó en críticas positivas a su gestión parlamentaria en el resto del país, aunque no precisamente en Quebec, que parecía un caso perdido para la izquierda canadiense, pese a los esfuerzos del NDP por acercarse. En cambio, los quebequenses mantenían su proclividad a votar por liberales o conservadores, según la coyuntura política de la provincia, sin

marcar tendencia, pues si bien en las elecciones de 1980 los liberales habían arrasado en setenta y cuatro de los setenta y cinco distritos en juego, en las de 1988 los conservadores se llevarían sesenta y tres, dejando los otros doce a los liberales.

Es decir, los quebequenses representaban un voto impredecible, sobre todo por sus características políticas internas, tan complejas y particulares, de las cuales habían sacado provecho los dos partidos hegemónicos durante décadas. Por ello, podría decirse que la lucha del NDP en Quebec era en contra de la historia política canadiense en su conjunto, pese a que en los comicios de 1988 el voto neodemócrata había sido del 14 por ciento en la provincia. Todo esto fue desilusionante para Broadbent, quien consideraba que el crecimiento del partido no sólo era necesario, sino posible en Quebec (Laycock y Erickson, 2015: 67). Por ello, una vez disipadas las dudas y vencidas las altas expectativas del partido para las elecciones de 1988, que si bien fueron históricas por los buenos números, lo cierto es que haber encabezado las encuestas nacionales en el año previo y desaprovechar la falta de un liderazgo liberal fuerte, además de no erigirse como el partido contrario al libre comercio frente al gobierno conservador de Mulroney, fueron factores que dejaron mal posicionado al liderazgo neodemócrata.

Puede señalarse que la gestión de Ed Broadbent al frente del NDP buscó incrementar su presencia parlamentaria al reforzar cuestiones clave de la tradicional lucha de la izquierda canadiense; sin embargo, los considerables recursos económicos y humanos que destinó a ganar votos en Quebec y su descuido en lo tocante a mantener sus bases en Ontario hicieron al partido muy dependiente de sus seguidores del Oeste, circunscribiendo la presencia neodemócrata a regiones geográficas particulares, que era precisamente uno de los obstáculos que el partido debía superar para ser competitivo en todo el país. Por ello, los detractores de Broadbent lo acusaron de centrar su proyecto en una mera captación de votos, mientras que sus defensores afirmaban que la suya era una posición más pragmática y menos doctrinaria, y que había servido para dejar de perder el tiempo aclarando a todo Canadá que el NDP no era un partido comunista (Gidluck, 2012: 182).

Consciente de que su liderazgo ya generaba polarización en el partido, en marzo de 1989 Broadbent anunció su decisión de renunciar como líder y la convocatoria a una asamblea para finales de año en la que se elegiría a su sucesor; allí resultó ganadora Audrey McLaughlin.

La primera mujer en un partido con presencia nacional: Audrey Marlene McLaughlin (1989-1995)

La llegada de los años noventa se celebró con un acontecimiento histórico en la escena política canadiense al elegirse a la primera mujer como líder de un partido federal.² McLaughlin era trabajadora social y diputada por Yukón desde 1987, y había logrado generar altas expectativas entre gran parte de las bases neodemócratas gracias a su personalidad directa, sencilla y clara. Se involucró desde muy joven en grupos de apoyo a personas de bajos ingresos, por lo que terminó dirigiendo su atención hacia el NDP, al cual se integraría como activista desde finales de los sesenta.

McLaughlin se dio a conocer entre las bases del NDP cuando se pronunció en contra de los Acuerdos del Lago Meech por considerar que el intento de apoyar a Quebec en sus demandas perjudicaría los intereses de las primeras naciones y las mujeres de todo el país (Gidluck, 2012: 183). Su posición contrastaba con la del liderazgo neodemócrata que, como debe recordarse, buscó servir de puente entre ambas posiciones en esta polémica. Así, la actitud firme de McLaughlin frente a la dirigencia de su partido la convirtió en una de las personas mejor posicionadas para suceder a Broadbent.

Sumado a lo anterior, que éste no apoyara a ningún candidato dio a McLaughlin la oportunidad de contender en igualdad de circunstancias que sus rivales, entre los que sin duda sobresalía el experimentado Dave Barret, quien había sido diputado de la Federación Cooperativa de la Commonwealth (CCF) desde principios de los sesenta, y posteriormente premier de Columbia Británica por el NDP (1972-1975), además de líder del partido en la versión provincial hasta mediados de los ochenta.

La convención nacional se llevó a cabo en Winnipeg, Manitoba, el 12 de febrero de 1989, con un resultado de pronóstico reservado entre los delegados. Desde la primera ronda ella se ubicó a la cabeza y Barret en segundo sitio, muy de cerca, hasta que en la cuarta ronda lo superaría finalmente por más

² Debe mencionarse que la primera mujer en tener el cargo de primera ministra en Canadá fue Kim Campbell, en 1993; sin embargo, esto debe considerarse parte de una serie de situaciones particulares, como la renuncia de Brian Mulroney a ese puesto, así como al de líder del Partido Conservador Progresista, debido a las divisiones en el ala conservadora, circunstancia que llevó a Campbell a contender en unas elecciones internas en la que resultaría vencedora; no obstante, su encargo duró cuatro meses, pues la suya fue una gestión de transición, necesaria para convocar a nuevas elecciones en las que sería derrotada por Jean Chrétien, del Partido Liberal.

de doscientos votos de los delegados. Ante la incertidumbre y lo cerrado del proceso, Barret de inmediato brindó su apoyo a la nueva líder, aprovechando que la campaña nunca se polarizó. De hecho, en la propia convención él señaló que el NDP era una agrupación unida y responsable, y que ésa era la imagen que debía proyectarse en todo Canadá. En su primer discurso como líder electa, McLaughlin dijo que el partido no iba a olvidar a sus bases ni a los trabajadores, que la suya nunca fue una campaña basada en su género, pero que su triunfo serviría de inspiración no sólo a otras mujeres, sino a todos los que se habían sentido excluidos de la política nacional. Afirmó que, en suma, los tiempos estaban cambiando en Canadá (CBC News, 2018c).

Sin duda éste fue un evento que llenó de esperanza a la izquierda canadiense, pues la nueva líder reflejaba el espíritu de vanguardia y progresismo que el partido buscaba mostrar al país, precisamente porque no era una política convencional con sus manías y formas; por el contrario, se percibía que esa aparente ausencia de sofisticación política la podía hacer más atractiva para nuevos votantes, sobre todo durante una etapa en que Mulroney era duramente cuestionado por sus posturas tradicionales, incluso entre sus propias bases, que cada vez se inclinaban más a apoyar al nuevo órgano de derecha populista surgido en el Oeste, el Partido Reformista (Reform Party of Canada).

En este sentido, McLaughlin se caracterizó por ser una crítica muy dura de los populismos de las praderas y del Oeste, y de hecho ésa fue una de sus banderas de campaña interna para distinguirse de sus oponentes, cuyas propuestas se centraban en brindar menor atención a Quebec, reorientando los recursos económicos y humanos del partido al futuro inmediato, porque esa provincia seguía siendo un objetivo muy complicado para el NDP después de cortejar a sus votantes durante casi tres décadas.³

En realidad, la líder tenía razón en sus críticas, pues el movimiento conservador reformista originado en Alberta pronto se expandió a las provincias vecinas de Columbia Británica, Saskatchewan y Manitoba, a tales niveles que

³ Esta situación culminó con una elección especial en el distrito de Chambly, en Quebec, en febrero de 1990, después de la sorpresiva renuncia del diputado conservador Richard Grisé, quien enfrentó cargos de corrupción que lo llevarían a pasar un breve periodo en la cárcel. Ahí resultó ganador el activista local Phill Edmonson, quien tras un tiempo corto como diputado renunció al NDP debido a conflictos con la dirigencia provincial. Debe señalarse que en realidad esta victoria del partido en Quebec fue circunstancial, pues no se diseñó una estrategia para ganar, sino que la victoria fue resultado de una serie de coincidencias que culminarían con esa renuncia.

la presencia del Partido Conservador Progresista de Mulroney prácticamente desapareció de la región en unos pocos años. Al mismo tiempo, el surgimiento del Bloque Quebequense dio otra razón a McLaughlin para criticar los populismos y nativismos regionales, pues los votantes de la provincia dejaron de brindar su tradicional apoyo a liberales y conservadores para respaldar la opción separatista, nacionalista y populista —a nivel federal—, pero representativa —a nivel provincial— de dicho partido.

En esos momentos la salida de Broadbent como líder del NDP pareció muy oportuna, ya que precisamente se dio con una presencia parlamentaria de cuarenta y tres curules neodemócratas, cifra francamente difícil de conservar dado el surgimiento de nuevas expresiones partidistas regionales que concentraban grandes distritos para elecciones futuras. Pese a ello, la líder del NDP buscó mantener la cercanía con las bases, defendiendo y promoviendo los derechos de la clase trabajadora.

Empero, en realidad el partido y su líder no tenían control sobre las condiciones políticas que perfilaban, más que nunca, una redefinición partidista geográfica entre el Oeste populista, conservador y reformista, y el BQ populista, separatista y nacionalista. Por esa razón, la gestión de McLaughlin suele identificarse como un periodo en que los regionalismos pusieron a prueba su liderazgo, pues terminaron impactando de muchas formas al partido (Whitehorn, 1992: 12), sobre todo porque esos regionalismos poco o nada tenían que ver con la agenda y directrices neodemócratas, al ser situaciones sobre las que la izquierda poco podía hacer.

Así, McLaughlin se vio muy acotada al tratar de hacer valer la tercera posición parlamentaria durante el periodo 1988-1993, sobre todo por el poder y capacidad de acción del gobierno de mayoría del conservador Brian Mulroney, quien además en la parte final de su gestión se enfocó a combatir la disidencia conservadora en el Oeste tras el surgimiento del Partido Reformista en Alberta, en 1987. Ante ello, el NDP y McLaughlin no pudieron encontrar un espacio idóneo dentro del debate público, pues, al mismo tiempo, Jean Chrétien, discípulo y exfuncionario de Pierre Elliot Trudeau, había ganado el liderazgo liberal en 1990, y como cabeza de toda la oposición atrajo la atención pública con sus bien estructuradas críticas al conservadurismo del primer ministro, al conservadurismo populista del Partido Reformista y al nacionalismo separatista del BQ, del cual era un distinguido crítico, como quebequense de origen, defendiendo en todo momento la unidad nacional.

Con este escenario interno y poco después de la renuncia del primer ministro Mulroney en febrero de 1993, el partido en el poder convocó a nuevas elecciones internas para escoger líder. Ahí resultó vencedora Kim Campbell, quien había fungido como ministra de Justicia y de Defensa. Su ascenso al poder como primera ministra se concretó en junio del mismo año, pero muy pronto debió convocar a nuevos comicios, pues el periodo de cinco años de gobierno mayoritario que había alcanzado su antecesor estaba por expirar.⁴

Esas elecciones de noviembre de 1993 fueron especialmente interesantes, ya que nuevos actores políticos irrumpieron en la escena electoral, haciendo tambalear las estructuras de duopolio liberal-conservador que tanto éxito habían tenido a lo largo de más de un siglo. De este modo, cinco fueron las agrupaciones que contendieron con fuerza en este proceso electoral. Lo anterior significó que el NDP tuvo que competir contra nuevos rivales en diferentes distritos electorales, porque, como se ha visto, sus contrincantes naturales habían sido los del Partido Liberal; no obstante, en estos comicios se agregaron candidatos del Partido Reformista —en las praderas y el Oeste— que buscaban arrebatar votos neodemócratas, sobre todo en sectores rurales de Alberta y Columbia Británica, que ya habían dado triunfos al NDP en las elecciones federales; en Quebec, pese a que el NDP no había alcanzado ningún triunfo distrital en dichos comicios, sus votos en toda la provincia ascendían a alrededor del 15 por ciento, logro que se encontraba amenazado con la llegada de un partido provincial que impulsaba, en general, la agenda neodemócrata, pero con un carácter nacionalista, nativista, soberanista y hasta separatista.

Aunado a lo anterior, frente al debilitamiento del Partido Conservador Progresista y el fortalecimiento de una expresión conservadora más radical y de corte evangélico, como era el Partido Reformista, el liderazgo de Chrétien parecía ser la medida justa para poner en su lugar a estas manifestaciones más radicales y disruptivas con las tradicionales formas políticas canadienses. Frente a ello, Audrey McLaughlin y el NDP fueron perdiendo intensidad y definición en el debate público frente a las amenazas potenciales a la unidad canadiense.

Todos los elementos alrededor de estas elecciones de 1993 pusieron al NDP en una posición muy comprometida, de tal manera que lo que terminaron

⁴ Debe señalarse que las elecciones de 1988 fueron las últimas en donde un gobierno de mayoría podía mantenerse en el poder durante cinco años. A partir de las federales de 1993, el periodo se redujo a cuatro.

buscando fue alcanzar doce asientos en el Parlamento para al menos no perder su lugar como partido oficial, pues las encuestas los colocaban en un sitio muy desfavorable frente a sus contrincantes liberales, reformistas y del Bloque Quebequense.

En realidad, las perspectivas del NDP y su líder McLaughlin para esos comicios dejaban mucho que desear, pues las encuestas mostraban que ante la opinión pública ella tenía una imagen muy difusa; la mayoría ni siquiera la conocía ni tenía referencias suyas. Sus asesores insistían en que se hiciera más visible a través de giras de trabajo por todo el país, pero McLaughlin se negaba, incluso afirmaban que cada vez se notaba más renuente a escuchar a sus más cercanos colaboradores, que regularmente se la percibía de mal humor, incómoda, deprimida y hasta molesta (McLeod, 1994: 102). Todo esto provocó que las bases fueran desmoralizándose, de manera particular en Ontario, que había otorgado diez asientos a los neodemócratas en las elecciones previas. Aunado a lo anterior, McLaughlin expresaba recurrentemente sus malos presagios rumbo a las elecciones de 1993 (McLeod, 1994: 103-104).

En este contexto, la líder continuó con la campaña haciendo afirmaciones poco originales como que los neodemócratas estaban del lado de la ciudadanía, que iban a darle trabajo a los canadienses y que el NDP iba a detener el TLCAN para proteger el empleo local, entre otras (McLeod, 1994: 104). Todo era un desastre y esto ocurría mientras algunos líderes populares, como el reformista Preston Manning, arengaba a sus seguidores afirmando que él defendería los intereses del Oeste frente a los políticos tradicionales, y el líder del Bloque Quebequense, Lucien Bouchard, prometía soberanía a la provincia frente al gobierno federal a través de un referendo, pero sobre todo había que considerar a Jean Chrétien, quien al frente del Partido Liberal se ostentaba como el heredero de los años dorados de la política de Trudeau, debido a que había sido muy cercano a su antecesor. En resumen, McLaughlin no diseñó de manera oportuna una estrategia para entrar en el debate con dichos personajes políticos, que mostraban una gran capacidad y potencia mediáticas. Sumado a lo anterior, Preston Manning y el Partido Reformista acusaron al NDP de ser un partido más de la vieja guardia, en un intento de allegarse apoyos en el Oeste. Esta estrategia tuvo éxito, pues los niveles de intención de voto para el NDP se desplomaron y fue desplazado por completo en el Parlamento (Wiseman, 2020: 110-111). Lo anterior provocó que los comi-

cios de 1993 fueran un fracaso para ellos y su liderazgo, el cual, en unos cuantos meses, retrocedió de forma impresionante.

Con todos los presagios en contra, las elecciones se celebraron y dieron el triunfo por mayoría a Chrétien; el Partido Conservador Progresista de Kim Campbell sufrió su más devastadora derrota tras alcanzar solamente 2 asientos parlamentarios después de obtener 169 en las elecciones anteriores y un gobierno de mayoría. Por su parte, el Partido Reformista aprovechó el malestar hacia los conservadores y ganó 52, casi todos en el Oeste, mientras que el Bloque Quebequense se alzó como la primera minoría parlamentaria tras ganar 54 de las 75 curules provinciales gracias a que concentraron sus votos en prácticamente todos los distritos francófonos de la provincia.

El NDP retuvo sólo nueve, lo que significaba perder su estatus como partido oficial y quedar relegado de los grandes debates y contrapropuestas de gobierno en la Cámara de los Comunes. En su bastión del Oeste en Columbia Británica conservó dos de diecinueve, pues casi todas las acaparó el Partido Reformista. En Ontario no alcanzaron una sola, mientras que el Partido Liberal obtuvo noventa y ocho de los noventa y nueve asientos. Mientras tanto en las provincias del Atlántico no consiguieron ninguno. En Saskatchewan retuvieron cinco asientos parlamentarios, pero perdieron el resto ante los reformistas. En Yukón, McLaughlin retuvo sin problemas el suyo que, por cierto, era el único en disputa en todo el territorio. En lo que corresponde a Quebec, el movimiento neodemócrata había mostrado avances graduales en el porcentaje de votación recibida. Por ejemplo, en las elecciones de 1988 había alcanzado el 14 por ciento del voto provincial, pero en las de 1993 tuvo un retroceso absoluto al no obtener siquiera el 1.5 por ciento de la votación total (Laycock y Erickson, 2015: 25).

Además del triunfo liberal con un gobierno mayoritario, los neodemócratas perdieron la batalla en contra de los partidos regionalistas del Oeste y de Quebec, principalmente por no haber sabido representar ni defender de forma auténtica los intereses de los votantes. McLaughlin fue duramente cuestionada por las bases y diputados sobrevivientes del partido en la Cámara de los Comunes, quienes exigieron su renuncia a fin de proyectar un cambio que incluyera a toda la dirigencia.

Los medios y los detractores fueron despiadados con su desempeño como líder; sus críticos acusaban al partido de haberla elegido con base en el género y no por su capacidad política (Gidluck, 2012: 185-186). Así, el

NDP entró en una espiral en la que además de su honestidad se cuestionaba su capacidad de elegir líderes aptos, sólo por ganarse votos con las banderas de género e inclusión. Ante esta andanada de violentos cuestionamientos en contra de su persona, McLaughlin anunció su retiro del liderazgo en abril del año siguiente, lo que se haría efectivo al momento de elegirse a su sucesor. De inmediato comenzaron a organizarse foros en todas las sedes provinciales para analizar cómo y por qué el NDP había llegado a esta situación.

En dichos debates, el NDP determinó que el principal problema no eran tanto los regionalismos reformistas y quebequenses, sino la incapacidad del movimiento para diferenciarse del Partido Liberal, pues ciertamente el gobierno de mayoría de Chrétien era ante todo una manifestación del hartazgo de los electores hacia el Partido Conservador Progresista, el cual, después de casi una década de gobierno, había implosionado, quedando reducido a casi nada frente al reformismo conservador evangélico que ya había tomado su lugar en el Oeste y en las praderas con una fuerza que vería frutos en el siglo siguiente.

De este modo, el problema más claro del NDP fue descubrir la forma de volver a diferenciarse de los liberales, de mostrarse como una alternativa y que los ciudadanos pudieran encontrar en el partido una nueva oportunidad para demandar mejoras sociales en un mundo orientado al libre mercado y al unipolarismo estadounidense tras la caída de la URSS a principios de los noventa.

Los ajustes nacionales de Alexa Ann McDonough (1995-2003)

Los años 1994 y 1995 representaron un periodo de redefiniciones y nuevos acercamientos hacia las bases neodemócratas, sobre todo porque la aceptación del partido había caído a niveles extremadamente bajos tras perder el 70 por ciento de los votos de 1988 a 1993, lo que significaba que en ese último año sólo el 6 por ciento había sido para los neodemócratas (Laycock y Erickson, 2015: 26). Ante ello, en 1995 tres fueron las figuras neodemócratas que captaron la atención con miras a alcanzar el liderazgo partidista.

El primero fue Lorne Nystrom, quien había sido diputado por Saskatchewan de 1968 a 1993, pero se caracterizaba por tener posiciones conservadoras en materia social. El segundo fue Svend Robinson, diputado por

Columbia Británica desde 1979 y primer miembro del Parlamento abiertamente asumido como homosexual; enfrentó ataques verbales muy fuertes de parte de Nystrom. La tercera era Alexa McDonough, quien había hecho su carrera política en Nueva Escocia como dirigente provincial, pero sin asiento parlamentario federal ni experiencia en política nacional.

De manera simultánea a la carrera por el liderazgo fueron organizándose reuniones y comités en todas las provincias, convocándose no sólo a miembros del partido sino a intelectuales y personalidades sin filiación política, en un ejercicio incluyente con vistas a conocer las demandas que la población hacía a sus representantes. En estos comités se comenzó a hablar de una nueva declaración de principios, pero se llegó al acuerdo de que los vigentes seguían siendo válidos, aunque requerían abordarse desde nuevas ópticas.

De esta forma, temas como equidad, democracia, solidaridad, comunidad, cooperación y sostenibilidad debían mencionarse de manera reiterada para que los votantes se sintieran identificados. También se determinó que si bien el CLC era una central independiente del partido, el NDP tenía la obligación de hacer labor política acercándose a sus bases sindicales para atraer sus votos en las elecciones provinciales y sobre todo federales, justo en las que el partido había experimentado un retroceso absoluto en pocos años (Laycock y Erickson, 2015: 28-29).

La elección de su liderazgo fue de una complejidad sin precedentes para el NDP, pues mientras dos candidatos con experiencia —Nystrom y Robinson— se mostraban una animadversión genuina en cada oportunidad, los debates en torno al futuro del partido eran cada vez más intensos y generaban incertidumbre; por ello, la figura de Alexa McDonough significó un cierto respiro en medio de la intensidad del momento. Era integrante de una acaudalada estirpe de desarrolladores urbanos cuya trayectoria inició con su bisabuelo en 1861, al fundar The Shaw Group.⁵ Desde los inicios de la CCF y su posterior transformación en NDP, su familia fue una de las mayores y más importantes contribuyentes a la causa de la izquierda en el país. Por lo anterior, McDonough frecuentemente fue calificada como una socialista criada con cubiertos de plata, cuya millonaria familia se había solidarizado con los más desfavorecidos en Canadá, reconociendo derechos y brindando bienestar social a

⁵ En la actualidad, la compañía tiene más de ciento sesenta años de servicio y ha participado en una amplia variedad de proyectos, lo que la convierte en una de las más exitosas de toda la costa atlántica canadiense.

sus trabajadores (Gidluck, 2012: 186), y siempre fue bien recibida por los neodemócratas de Nueva Escocia, además de que su formación profesional como trabajadora social permitió que se acercara a los estratos más vulnerables y proveerles apoyo.

Su actividad pronto fue reconocida en otras provincias atlánticas, volviéndose una figura destacada dentro del partido, pese a no haber ganado nunca una curul parlamentaria a nivel federal. Sus recursos y situación económica le permitían realizar su labor de tiempo completo, lo que la llevó a ser electa como líder del NDP en Nueva Escocia en 1980 y diputada por la Asamblea local al año siguiente. Frecuentemente se decía que, dada la gran politización de su familia y los contactos con la dirigencia del partido —que de forma recurrente visitaba su casa—, Alexa no conocía otra vida fuera de las altas esferas neodemócratas (Loat y MacMillan, 2014: 22).

Así, con su trabajo y una imagen atractiva, agradable y conciliadora, fue ganando adeptos conforme transcurría la campaña interna, posicionándose como la tercera figura, una que no tenía problema con los otros dos candidatos en conflicto; por ello se afirmaba que era la única capaz de crear puentes entre la izquierda del partido, representada por Robinson, y la derecha neodemócrata personificada por Nystrom. Había tal polarización interna, que diversos medios canadienses afirmaban que ese liderazgo sería en realidad una corona de espinas para McDonough si llegaba a triunfar (Gidluck, 2012: 187).

En ese estado de cosas, la convención se celebró en Ottawa, Ontario, en noviembre de 1995. Ahí se leyeron los resultados de las consultas realizadas durante ese periodo para que los principios y temas sobresalientes sirvieran como hoja de ruta al nuevo líder y su equipo. Esta elección interna fue particular, ya que los delegados y representantes tuvieron sólo tres opciones y se resolvió en una ronda, situación semejante a la que se presentó con Tommy Douglas durante la primera elección interna en 1961.

Tras la primera ronda quedó a la cabeza Svend Robinson, con 655 votos; en segundo lugar Alexa McDonough, con 566, y en tercero, Lorne Nystrom, con 514. De acuerdo con los procesos internos para elegir liderazgos partidistas en Canadá, esos números hacían que el tercer lugar quedara fuera y se convocara a una segunda vuelta, pero era claro que los seguidores de Nystrom apoyarían a McDonough, por lo que Robinson decidió salir de la contienda para evitar una derrota. De esta manera, en sólo una ronda y pese a haber quedado en segundo lugar fue electa después de un proceso tortuoso y complejo.

Una de las consecuencias de la introspección emprendida por el NDP en el periodo 1994-1995 fue la propuesta de crear una nueva agrupación partidista que uniera a todas las izquierdas canadienses, que fue rechazada por las élites del partido; no obstante, el tema seguiría presente entre algunos sectores de su base, más radicales, con los que McDonough iba a tener que enfrentarse tarde o temprano. Por otra parte, la limitada representación del partido en el Parlamento prácticamente lo borró de los medios de comunicación (McLeod, 1994: 131), salvo por los escándalos y disputas durante la elección interna, que tampoco era el tipo de publicidad más deseada por los neodemócratas.

Ya al frente del NDP, tenía que demostrar, y pronto, que podía incrementar la intención de voto en favor del partido en las encuestas nacionales y que su falta de experiencia a nivel federal no era un obstáculo para llevar a cabo una buena gestión (Archer y Whitehorn, 1997: 268). Con esos elementos en juego y el apoyo de un amplio sector femenino del partido, McDonough se aprestó a redirigir el rumbo del NDP. Como una primera expresión de un liderazgo distinto no solicitó a ninguno de los nueve diputados neodemócratas renunciar a su asiento para otorgárselo a ella y así ocupar un sitio en el Parlamento federal. En realidad, esta situación era innecesaria toda vez que el partido no tenía representación oficial en la Cámara de los Comunes al no alcanzar el mínimo de doce escaños, lo que le permitió ejercer el liderazgo desde las oficinas centrales del NDP en Ontario y optar por acceder a un asiento hasta las siguientes elecciones federales por su propia provincia, Nueva Escocia.

Durante 1996, su liderazgo se centró en acercar al partido a sus bases, ya que muchos seguidores de Robison comenzaban a generar polémica respecto de que el organismo necesitaba radicalizar posturas para diferenciarse más claramente del Partido Liberal, en el poder; sin embargo, de forma favorable para McDonough, la gestión de Jean Chrétien avanzaba lentamente en su plan de recuperación económica, dando margen al NDP para criticarlo por ralentizar el acceso colectivo a los beneficios sociales al impulsar dinámicas de libre mercado. Asimismo, los neodemócratas insistían en que los liberales mantenían una política de limitación de apoyo a la creación de empleos, mientras restringían las transferencias federales a las provincias, afectando con ello los programas sociales (Laycock y Erickson, 2015: 29).

Lo anterior fue capitalizado por McDonough, quien señaló que los liberales habían arrebatado a los neodemócratas el tema de la defensa y promoción

de los programas sociales —afectados durante el periodo conservador en los ochenta— solamente con fines electorales, ya que en realidad las condiciones de los más desfavorecidos no mejoraban. De esta forma el NDP emprendió una campaña contra el Partido Liberal y sus limitadas acciones para paliar, entre otros males, el desempleo.

Ésa fue la dinámica de los neodemócratas durante el último año de la primera gestión de Jean Chrétien como primer ministro, quien, un poco antes de culminarla, convocó a nuevas elecciones federales para junio de 1997. Las campañas giraron en torno a la reducción del déficit y los partidos de derecha que en ese momento podían considerarse relevantes eran tres: el Conservador Progresista, el Reformista y el Bloque Quebequense, por lo que el espectro de opciones para los ciudadanos progresistas se limitó a liberales y neodemócratas.

Durante la campaña, McDonough insistió en que el gobierno liberal había priorizado alcanzar sus metas macroeconómicas antes que brindar la atención debida a los trabajadores, sobre todo porque el país se encontraba en plena integración comercial por la puesta en marcha del TLCAN con Estados Unidos y México. Debe recordarse que el tratado había sido criticado por los neodemócratas fuertemente y de manera reiterada porque a su juicio amenazaba el bienestar de la clase trabajadora canadiense, que vería afectados sus empleos por la reubicación de diversas industrias hacia territorio mexicano, atraídas por los bajos salarios que se pagan en el país.

Así, después de una intensa campaña, los comicios dieron otro triunfo por mayoría al Partido Liberal y a su líder Jean Chrétien, que de este modo aseguraba un segundo periodo mayoritario con una derecha dividida y un amplio sector de votantes que prefería asegurar una victoria liberal antes que permitir la llegada de un partido considerado por muchos como de extrema derecha, nativista y regionalista: el Partido Reformista de Preston Manning.

Los 155 asientos liberales, de los 301 en disputa, otorgaron a Chrétien la tranquilidad de no tener que hacer alianzas parlamentarias con el NDP, que había recuperado su posición de partido oficial, tras obtener 21 curules, lo que fue posible al alcanzar cerca del 11 por ciento del voto popular. Nueva Escocia se convirtió en su nuevo bastión, al conseguir 6 de los 11 asientos en disputa, entre los cuales se incluía al distrito de Halifax, ganado con holgura por Alexa McDonough a su contrincante liberal. Lo más trascendente de estas elecciones es que en Nueva Escocia el NDP había logrado ganar sólo

3 asientos en toda su historia, de manera que el empuje de su líder en la provincia resultó fundamental para posicionar al partido en una región tradicionalmente liberal.

Junto a los seis asientos de Nueva Escocia, Nuevo Brunswick aportó otros dos a la causa neodemócrata, colocando a las provincias del Atlántico como una región estratégica para el futuro del NDP en el corto plazo. Por su parte, el apoyo de las provincias del Oeste a la causa neodemócrata se limitó a sólo tres curules en Columbia Británica, mientras que las tradicionales bases del NDP en las planicies —Saskatchewan y Manitoba— aportaron cinco y cuatro, respectivamente. El territorio del Yukón otorgó su tradicional asiento al NDP, con lo que se consiguieron los veintiún diputados del partido para el XXXVI Parlamento federal canadiense.

Sí bien el NDP con ese liderazgo había recuperado espacios políticos y presencia a nivel federal, lo cierto es que los movimientos regionales nativistas del Partido Reformista y el Bloque Quebequense seguían marcando la pauta, pues ambos quedaron en segundo y tercer lugar, respectivamente, tras obtener sesenta y cuarenta y cuatro asientos, mientras que el Partido Conservador Progresista no lograba recuperar presencia y se mantenía como la quinta fuerza política en la Cámara de los Comunes.

Lo anterior evidenció que la derecha canadiense se encontraba dividida en tres partidos: reformistas, conservadores y el nacionalista Bloque Quebequense; no obstante, debe señalarse que, en realidad, los perfiles de los votantes reformistas y conservadores eran más coincidentes entre sí que con el adherente al nacionalista y separatista Bloque Quebequense; empero, no debe pasarse por alto que en Quebec existía una sólida base conservadora anglosajona protestante y/o católica que elección tras elección votaba por el Partido Conservador por considerar que el Liberal y sus plataformas eran de izquierda.

Todo este complejo escenario político interno complicaba que el NDP ocupara un lugar sólido entre el electorado más progresista, y de este modo hacer frente a la ola conservadora que amenazaba con reorganizarse alrededor de un nuevo partido, avasallando a sus contrincantes. El problema era que el voto conservador solía oscilar entre el 37 y el 41 por ciento, suficiente cuando el progresista se divide entre liberales, neodemócratas y el Partido Verde.⁶

⁶ El Partido Verde ha logrado, desde las elecciones federales de 2008, concentrar poco más del 5 por ciento de la votación nacional en promedio, lo que dispersa aún más el sufragio de los ciudadanos

Por lo anterior, lejos de celebrar con júbilo los resultados de las elecciones de 1997, numerosos grupos del NDP comenzaron a cuestionar el liderazgo de McDonough por considerar que no llevaba al partido a ningún lugar, pues no se notaba un avance sólido que amenazara el sitio de privilegio del Partido Liberal, que se perfilaba a continuar gobernando cómodamente, con mayoría, por segunda ocasión consecutiva.

Este malestar se hizo evidente cuando grupos identificados con Svend Robinson intensificaron sus críticas y organizaron a sus bases para clamar por un retorno a los orígenes del partido, y así distinguirse de las políticas de bienestar liberales, las cuales eran sólo propaganda electoral, pues en realidad no resolvían los problemas de los más necesitados (Gidluck, 2012: 188). Estas demandas significaban una reformulación de los principios neodemócratas, así como radicalizar muchos postulados que habían sido matizados por los liderazgos previos precisamente para ganar apoyos en áreas electorales progresistas.

Estos cuestionamientos fueron creciendo, de manera que pronto McDonough tuvo que lidiar con dos frentes: uno al interior de su partido, conteniendo la disidencia, y otro en la arena política nacional, con partidos regionales populistas y de extrema derecha que cautivaban a sectores tradicionalmente neodemócratas; no obstante estas amenazas al partido, el grupo de Svend Robinson continuó cuestionando a la líder, pues buena parte de las bases rechazaba convertir al partido en una versión canadiense del laborismo británico, más orientado a la centro-derecha que a la centro-izquierda.

Pronto esta inconformidad entre las bases se extendió a los diputados neodemócratas en el Parlamento, quienes bajo el liderazgo de Robinson comenzaron a boicotear a su líder restándole credibilidad pública a nivel federal. Las demandas de este grupo parlamentario y de diversos activistas iban en el sentido de crear una nueva red de izquierdas canadienses que, a través de actores emergentes, construyeran bases sociales más participativas en la vida del partido. Estos grupos se distinguirían por encabezar movimientos antiglobalización que acapararon la atención mediática mundial.

A nivel de apoyos sindicales, McDonough también enfrentó problemas, pues en el ánimo de mostrarse moderada no buscó estrechar lazos con agrupaciones de carácter internacional ni radicalizar la postura del NDP en materia

progresistas en contra de las agrupaciones conservadoras. Para mayor información sobre este fenómeno, véase Santín (2014).

laboral. Por ello varios sindicatos poderosos adheridos al Congreso Laboral Canadiense (CLC) no apoyaron su gestión y otros incluso se declararon abiertamente en su contra, como el de los trabajadores automotrices, cuyo líder, Buzz Hargrove, no sólo se mostró como opositor, sino que además apoyó a Svend Robinson. Incluso, McDonough llegó a acusarlo de haber boicoteado su liderazgo desde el principio, afectando con ello al partido por razones personales, pues ella consideraba que la relación del NDP y los sindicatos se había estropeado por influencia de dicho líder (CBC News, 2002a).

Aunado a ello, un grupo de diputados en el Parlamento comandado por Robinson creó lo que se conoce como la Nueva Iniciativa Política (*New Politics Initiative*, NIP), con la meta de fundar un nuevo partido que amalgamara a toda la izquierda canadiense, proyecto en el que, por cierto, se encontraba involucrado el mencionado sindicato de trabajadores automotrices (Gidluck, 2012: 189). La idea era unir al NDP con el Partido Verde y otros organismos sociales bajo la dirección y experiencia de los diputados disidentes.⁷

De esta forma, los esfuerzos de la líder debieron centrarse en enfrentar los conflictos a fin de evitar la fragmentación de su partido en segmentos sin rumbo fijo. Por ello, el llamado a adelantar elecciones en 2000 por parte de Chrétien, para derrotar de forma absoluta a sus opositores que se encontraban en duras pugnas internas —tanto los partidos de derecha como los de izquierda—, encontró muy mal posicionada a McDonough y al NDP.

Así, en medio de una situación caótica tuvo que poner en marcha una campaña anticipada en la que el NDP corría el riesgo de perder su sitio como partido oficial. Otro elemento destacable fue la transformación del Partido Reformista en una agrupación conocida desde 2000 como Partido de la Alianza Conservadora Canadiense (Canadian Alliance o Canadian Reform Conservative Alliance), cuyo dirigente, Stockwell Day, buscaba crear condiciones de unidad para la derecha de todo el país y de este modo hacerle frente al gobierno liberal de Jean Chrétien. Day era un conservador moderado, bilingüe, en cuyo discurso dejó de promover los intereses y valores del Oeste canadiense para proyectar una visión nacional de conservadurismo moderno, aunque tradicional y afín a los valores cristianos.

Esta alianza fue otro golpe para el viejo Partido Conservador Progresista, pues sus bases cuestionaban abiertamente a los dirigentes por su negativa

⁷ Es necesario establecer que el NIP se oficializó apenas en 2001, cuando contendieron de forma abierta contra McDonough en una elección interna, como se verá más adelante.

a integrarse a la nueva agrupación. Lo anterior era preocupante para la izquierda, ya que el NDP justo se encontraba en su peor etapa con una disidencia frontal en contra de su líder, debilitando y dividiendo las intenciones de voto de miles de canadienses que observaban cómo los conservadores iban superando sus diferencias y encontrando vías para una unificación de todos los partidos y movimientos de esa corriente política.

De esa forma, las campañas iniciaron en el contexto de una economía en franca recuperación y con altos niveles de aprobación del primer ministro liberal. El tema recurrente entre los líderes fue mejorar y hacer más eficiente la atención médica, pues para esos momentos ya comenzaban a visualizarse algunas fallas, sobre todo en los tiempos de espera. En realidad, la campaña liberal se centró en atacar de forma muy dura a las potenciales coaliciones conservadoras y apostaba a que los electores escogieran funcionarios con experiencia sólida y probada (Stinson, 2011). De hecho, la fragilidad del NDP era tal que ni siquiera mereció la atención de los liberales, quienes enfocaron sus ataques y estrategias de descrédito a los tres partidos de derecha: la Alianza Conservadora, el Partido Conservador Progresista y el Bloque Quebequense.

Si bien los debates televisivos fueron un espacio de contraste de ideas, la experiencia de Chrétien hizo ver mal al líder de la Alianza, Stockwell Day, quien incluso rompió el protocolo para mostrar cartulinas con cuestionamientos al líder liberal, generando burlas y la desaprobación pública. McDonough se limitó a criticar al gobierno liberal porque, a su juicio, restringía los apoyos sociales y buscaba privatizar sectores de la salud pública, pero su discurso se percibió vacío e intrascendente frente a los embates de los otros líderes contra Chrétien y comparado con la respuesta que éste les dirigía uno a uno, excepto a McDonough.

Así, las elecciones se celebraron finalmente el 27 de noviembre de 2000 y, tal como se esperaba, los liberales arrasaron tras incrementar su presencia parlamentaria de 155 a 172 asientos. La Alianza Conservadora ganó 66 y el Partido Conservador Progresista, 12, con lo que entre ambos mantenían un número cercano al de las elecciones previas. El Bloque Quebequense conservó sus cotos en Quebec con 38 curules, aunque iba perdiendo terreno.

La situación para el NDP de McDonough fue complicada en estos comicios ya que, como se contemplaba, perdió presencia en la Cámara de los Comunes al alcanzar apenas trece asientos, casi el mínimo para mantener su estatus de partido oficial. Lo más grave había sido la disminución de su

votación nacional, al pasar del 11 por ciento (en 1997) al 8.5 por ciento. Esto significó perder ocho asientos en tres años, prácticamente el 40 por ciento, resultado previsible por la división interna.

En Columbia Británica, el NDP alcanzó sólo dos curules, dejando en evidencia que la provincia que alguna vez fue uno de los bastiones neodemócratas había dejado de serlo definitivamente desde hacía varias elecciones. Manitoba, pese a todo, mantenía sus cuatro asientos tradicionales, mientras que Saskatchewan sufría su peor resultado federal tras obtener sólo dos. Ontario se sumaba con un asiento más; sin embargo, lo más desesperanzador para McDonough fueron los resultados en Nuevo Brunswick y Nueva Escocia, ya que habían alcanzado solamente uno y tres asientos, respectivamente, desvaneciéndose muy rápido como baluartes neodemócratas.

Como era de esperarse, sus opositores la responsabilizaron por este revés y exigieron su renuncia inmediata; sin embargo, la líder se negó a darles gusto y emprendió una campaña interna para remover a los elementos *nocivos* del partido, quienes dirigidos por Svend Robinson buscaban desaparecer al NDP y fundar otro organismo mediante alianzas emergentes con otros actores políticos, sociales y sindicales. De esta forma, McDonough tuvo que enfrentar tres retos: conservar la presencia nacional del partido como líder de su fracción parlamentaria, representar a su distrito y mantener vivo al NDP con integrantes que abiertamente buscaban refundarlo. De hecho, ella ha señalado que como dirigente tuvo que desempeñar distintos papeles al mismo tiempo (Loat y MacMillan, 2014: 91).

Como se ha mencionado, para restarle autoridad en el Parlamento un grupo de diputados disidentes reforzaron sus discrepancias, conformando una corriente alterna en la Cámara de los Comunes, que respondería a sus propios intereses, la Nueva Iniciativa Política que, si bien ya operaba desde el año anterior, su reconocimiento público en 2001 fue la declaratoria oficial de desobediencia al liderazgo de Alexa McDonough.

Por ello, consciente de las dificultades que entrañaba contar con una bancada dividida en el Parlamento, McDonough permitió que se convocara a una nueva elección interna, en donde volvería a contender por el liderazgo en un ejercicio inédito hasta ese momento, pues dichos procesos habían sido siempre para elegir nueva dirigencia, una vez que la anterior había renunciado. Por ello, estas elecciones en realidad fueron un referendo sobre su liderazgo.

La NIP emprendió de inmediato una campaña en los medios para difundir su mensaje. Varios de sus integrantes ajenos al Parlamento, como la periodista y escritora Naomi Klein —nieta del líder neodemócrata David Lewis—, la activista y feminista Judy Rebick y el líder sindical Buzz Hargrove, apoyaron esta iniciativa, coordinados por los diputados Libby Davies y Svend Robinson, y la nueva corriente heredera de The Waffle conocida como Caucus Socialista, encabezada por el activista Marcel Hatch. Este grupo seguía la estrategia del Partido de los Trabajadores (PT) de Brasil y de su líder Luiz Inácio da Silva (Lula). Su principal portavoz era Robinson, y fue ganando simpatía entre buena parte de las bases neodemócratas, llegando incluso a convencer a muchos de la necesidad de fundar un nuevo partido de izquierda (Gidluck, 2012: 189).

En sus convenciones, Robinson afirmaba que el NDP estaba en crisis, y que ésta era resultado de querer parecerse a los liberales para ganar votos; que la solución era dar un giro radical a la izquierda y volver a las bases socialistas de la vieja CCF. Señalaba también que muchos ya estaban cansados de las posiciones blandas de sus dirigencias anteriores y que el tiempo de atacarse unos a otros había llegado a su fin para crear un nuevo partido. En respuesta a esa diatriba, McDonough buscó relajar la tensión respondiendo a la prensa que ese tipo de afirmaciones eran sólo una muestra de que los miembros del NDP tenían fuego en el vientre y sangre en las venas (Gidluck, 2012: 189).

En la campaña interna del NDP hubo sólo dos contendientes; Svend Robinson decidió no competir y en cambio mantuvo su liderazgo en el Parlamento frente a la NIP, como operador político. Los candidatos fueron Alexa McDonough y Marcel Hatch, del Caucus Socialista fundado en 1998 y cuyo manifiesto, difundido en 1999, abogaba por un Canadá socialista basado en la democracia económica y en el empoderamiento de la clase trabajadora (Caucus Socialista del Partido Neodemócrata, 2021).⁸

Así, pese haber comenzado esta campaña interna con buenos números en la intención de voto, la fuerza de la NIP comenzó a menguar, sobre todo por la acertada estrategia de McDonough, que concentró todos sus esfuerzos para contenerlos. Consciente de que la fuerza de la NIP estaba en la confrontación discursiva, ella optó por un discurso conciliador y comprensivo con las

⁸ En la actualidad, es una corriente del NDP y celebra convenciones nacionales cada año. Para más información, véase Caucus Socialista del Partido Neodemócrata (2021).

bases, pero firme en el sentido de reconocer y recordar los logros de la izquierda tras décadas de lucha en apego a los manifiestos del NDP.

De esta forma, dos fueron las opciones que se presentaron: por un lado, la NIP proponiendo desintegrar al partido y construir uno más cercano a los trabajadores y a los movimientos de activistas sociales, más crítico del capitalismo, la globalización, y más cercano a las causas medioambientales y, por el otro lado, la propuesta de McDonough de revitalizar al partido en su estructura federal, manteniendo firmes las bases e idiosincrasia que le habían dado forma desde su fundación cuatro décadas antes (Laycock y Erickson, 2015: 32).

Finalmente, la convención interna se celebró del 23 al 25 de noviembre de 2001 en Winnipeg, Manitoba. El día 24 se votó si el partido se disolvía para conformar uno nuevo: 648 delegados rechazaron la refundación, contra 401 que buscaban crear una coalición de izquierda (CBC News, 2001a).

Al día siguiente se celebró un referendo en torno al liderazgo de Alexa McDonough, y ella mantuvo su encargo tras obtener 645 votos de los delegados, contra 120 a favor de Marcel Hatch. Estos números evidenciaron que las bases mantenían su confianza en ella y al mismo tiempo desconocieron a la NIP como brazo político de la disidencia neodemócrata en el Parlamento, poniendo fin de este modo a su efímera, pero intensa y problemática existencia. Una vez conocidos los resultados, McDonough afirmó en su discurso que los delegados habían concluido que optar por la NIP habría provocado una reducción de las tradicionales bases de apoyo al NDP (CBC News, 2001b).

Si bien al parecer la convención representó una victoria para McDonough, en realidad lo fue para las elites del partido, que de este modo desactivaron un nuevo intento refundacional, luego del surgido a finales de los sesenta con *The Waffle*; sin embargo, era claro que McDonough se limitaría a hacer un recuento de los daños durante el último periodo de su gestión, pues tras las elecciones federales de 1997 tuvo que concentrarse en contrarrestar a la disidencia del NDP, lo que impidió avanzar en sus proyectos de expansión neodemócrata a nivel federal. El resto de su encargo fue de transición para preparar el terreno a figuras en ascenso que venían sumando con fuerza nuevos adherentes en el corto plazo, como era el caso de Jack Layton, miembro del Consejo Municipal de Toronto desde principios de los ochenta, que gozaba de un sólido prestigio entre figuras políticas de distintos partidos y que ciertamente cambiaría la tendencia adversa vivida por el NDP en el mediano plazo.